

HEBRAS DE SILENCIO

Hacía dos años que Encarna no tenía noticias de Juan. La guerra se lo arrebató con vehemencia una fría noche cuando lo sacaron de casa de forma despiadada, como si de un animal se tratara, para llevarlo a combatir.

Cada mañana el arrullo de la brisa la llevaba hasta la azucarera, donde trabajaba sin descanso, pensando en cómo sacar a sus hijos adelante. Buscaba voces que la guiaran mientras la incertidumbre de no saber dónde estaba su marido la atormentaba. Era dulce el recuerdo pero amarga la verdad.

Al llegar a casa ordeñaba las vacas para poder intercambiar la leche o venderla en el vecindario. Era una mujer con una bondad infinita, de carácter risueño. Le gustaba cantar ya que eso la alejaba de los miedos y le ayudaba a mirar al futuro con entusiasmo.

Esa mañana festiva llegó una carta anónima a su casa y la sorpresa la entumeció. Corrió dentro de casa y la abrió con desesperación. Apenas sabía leer y estaba escrita en un francés incomprensible. Llorando pudo descifrar que Juan estaba en un campo de concentración. Estaba preso, sí, pero estaba vivo.

Todavía pasaría varias primaveras intentando que el tiempo no borrara las promesas. Era mediodía cuando una mañana soleada de abril le avisó el encargado de que bajara a la puerta de la fábrica. Un patio enorme la separaba de la reja de la entrada cuando vislumbró a Juan, escuálido, abatido y envejecido por el tiempo. Corrió hacia él, su alma quería volar, hebras de silencio sobrevolaban el momento, las máquinas se pararon y las empleadas miraban por las ventanas llorando de emoción.

No hubo un momento más bello en la vida de Encarna que aquel en el que, fundidos en un abrazo interminable, se embriagaron por la dicha del amor.